

—Una señora desea encargarse del gobierno de una casa, ser aya de una señorita ó ama de una señora ó caballero solo.

—Una viuda *en punto céntrico* (!) admitirá para vivir en compañía, á un caballero formal y estable.»

Si para muestra basta un boton, justo será que basten seis anuncios para formar idea aproximada del tipo que traigo entre manos; mas si por acaso los seis consabidos y copiados no fuesen bastantes, prometo otros tantos, y aun más, que ya hay tela cortada, como dice el vulgo, en el reverso, no de la medalla, sino del diario noticiero, que cobra los cuartos (por sus anuncios, desde luego) y protege y auxilia con su inmensa popularidad, *esa* y otras *industrias* análogas que en Madrid se ejercen con libertad entera.

La jóven de *buena conducta* (!) que desea colocarse con un señor solo, suele ser forastera y antigua criada de servicio.

Como en esta *corrompida* sociedad de todo se desconfía y á nadie le creen bajo la fé de su palabra honrada, la patente de buena conducta con que se anuncia y se presenta la jóven (que desea un señor solo) suele estar expedida por cierto respetable caballero, hombre de orden, á quien *sirvió* la jóven recién llegada á Madrid y cuya colocacion perdió por *mor* de la señora de

la casa, á quien parece no agradaba mucho la *excelente* conducta de la muchacha.

Por *eso, ella*, desde entónces no quiere servir donde haya señoras, impertinentes de suyo y por extremo descontentadizas, y desea, y así lo dice por boca de.... *La Correspondencia*, colocarse con un señor solo.

¡Vamos á ver! ¿qué tiene esto de particular, siendo, como es, de buena conducta?

¡Ah! con semejante coraza ya puede *ella* entrar resueltamente en el combate de la vida y aún batallar con éxito.

La señora *sola* que cede una sala, con su alcoba correspondiente, ya es harina de otro costal, sin decir por esto que ella lo sea realmente, aunque bien pudiera serlo, que un costal se halla donde ménos se piensa. Esta señora no necesita decir si es de buena ó mala conducta, ni si tiene ó no tiene personas que la *abonen*: ella se basta, y aún se sobra, no necesitando más garantías que su buena estampa, su simpática fisonomía, ó sus ojos altamente revolucionarios. Su edad y su estado son problemas complejos é indefinibles, y perdería lastimosamente el tiempo quien tratára de buscarles solucion.

Es jóven, de una juventud casi eterna, gracias á los milagros de la perfumería, á la habilidad de sus pinceles, y lo mismo puede ser sol-

tera que casada ó viuda, si bien se la puede atribuir cualquiera de estos tres estados, aunque con certeza quizás ella misma no sepa á cuál pertenece. Por eso nunca habla de semejante cosa y contesta hábilmente, con evasivas, cuando alguien comete la indiscrecion de preguntarla algo sobre el particular.

Y en verdad que es indiscrecion y hasta candidez preguntar cuál es su estado á una mujer de este *calibre*, que vive sola y admite un caballero, ó dos, *para vivir en compañía*. ¿Qué le importa al sándio pregunton que sea soltera, casada ó viuda, la mujer que, deseando evitarle las molestias é incomodidades de las fondas y casas de huéspedes le ofrece una sala y una alcoba —¡ó una alcoba sola, que para el caso es lo mismo!—con la mayor amabilidad y finura, por un precio *módico*—que lo bueno nunca es caro—en una casa decente (¿?) y tranquila? Aproveche la *buena ocasion* que se le presenta y cállese, y deje el mundo correr, y viva lo mejor que pueda.

Ella por su parte no incomodará al *caballero solo*, que vive en su compañía, con preguntas de ese linaje. Unicamente tratará de averiguar, revisitando siempre su curiosidad de formas encantadoras, el estado económico de su huésped. Esto es más *práctico* é incomoda ménos.

Si el estado económico del sugeto es brillante,

yo le aseguro formalmente que lo ha de pasar bien en la casa de *esta* señora sola. Por el contrario, si su estado es el de la Hacienda española, no intente ir á semejante casa, porque, además de no encontrar las *comodidades* que ha creído ver á través del provocativo anuncio, quizás presencie *cosas* y *sucesos* que acaben con su paciencia, por mucha que tenga, y le pongan en el caso de marcharse con cajas destempladas.

La señora que *desea* otra señora, ó un caballero, es decir, que no distingue de colores, aunque vividora también, es ménos peligrosa ó tal vez inofensiva por completo. Su anuncio lo dice: lo mismo la importa una señora que un caballero, la cuestion es tener, ó si se quiere, *poseer*, una persona con quien vivir en compañía. Así como por el hilo se saca el ovillo, por el anuncio de la vividora puede calcularse su *alcance* y su espíritu de sociabilidad.

Sin embargo, fuerza es hacer aquí una declaración. No es oro todo lo que reluce, ni tampoco es todo virtud en la vividora que lo mismo se conforma con una mujer que con un hombre para el caso concreto de que se habla. Esta despreocupacion, mejor dicho, esta elasticidad, consiste sencillamente en que la vividora está ya fuera de combate y tiene que *aprovechar* todo lo

que se la presente. Una compañera, para que le ayude á pagar la casa; un compañero, para que se la pague por completo.

La *viuda en punto céntrico* que admite un caballero formal y estable, y que lo mismo insulta la gramática que ofende la buena moral con su anuncio, suele ser lo *peorcito* del gremio y es además lo más *cursi*. No solo no oculta su estado, sino que publica á voces que es viuda, lo cual quiere decir, segun algunos maliciosos, porque hay gente muy mal pensada; «venid á mí, yo soy libre, enteramente libre, sin responsabilidad, casi sin pasado, puesto que mi pasado lo simboliza la muerte, sin presente y acaso sin porvenir, pues que me veo sola en el mundo.» Y en efecto, semejante anuncio, el anuncio de una *viuda en punto céntrico*, que admite un caballero formal y estable, tiene incentivo poderosísimo para muchos hombres habituados á vivir solos en esta Babilonia que se llama Madrid.

A decir verdad, y perdonen los lectores el mal pensamiento, cualquiera, por *pacífico* que sea y por mucho amor que tenga á la familia, ante ciertos anuncios entra en deseos de marcharse á vivir, aunque sea *provisionalmente*, con una de esas señoras que con tanto desprendimiento ponen su casa á disposicion del género masculino.

Si está de Dios, como dicen los católicos, ó si está escrito,

«como los árabes dicen,»

que hemos de caer en la tentacion, huyamos, desde luego, de la *viuda en punto céntrico* y de la *jóven de buena conducta*. Ambas á dos son un contrasentido, una aberracion viviente: son la vanguardia del ejército formidable de las *vividoras comunicativas*, y.... ¡desgraciado del que cae en su poder!

Tras los anuncios que más arriba transcribo, como tras de todos los de la misma índole, se adivina desde luego, á primera vista, algo que aquí no puedo, ni debo ni quiero decir, y que constituye el principal *mérito*, el rasgo saliente y característico de la *vividora*.

El anuncio es el cebo. El que no conoce Madrid, y es algo impresionable y se encuentra en la edad de las pasiones y huye del matrimonio como del diablo, ese, ¿qué duda tiene? muerde el anzuelo y cae en el garlito.

Si he de ser justo, habré de confesar aquí tambien que en muchas ocasiones hay más de un *caballero* que vive á costa de estas *vividoras*, algun tiempo, no mucho, y las explota en vez de ser explotado por ellas. Para esto se necesita mucho talento, ¡mucho! y tambien poca ver-

güenza, ¡muy poca!; pero á la larga, la vividora recobra lo perdido. El que cae despues en el lazo, paga sus culpas y las ajenas, y puede darse por satisfecho si libra con camisa.

Algo, y aún algos, pudiera añadir todavía como complemento del cuadro: no lo haré por no fatigar al lector, en primer término, y despues porque, siguiendo por el camino de las investigaciones tendria que abandonar la superficie, abrir una mina profunda en el páramo que, es es para algunos vergel delicioso y....—al llegar á este punto me acuerdo de los siguientes versos de Campoamor:

«Ahondar, y á fuerza de ahondar,
llegar á tocar el cieno.»

Eso es precisamente lo que me sucederia y lo que quiero evitar, tanto por el respeto que el público me inspira, cuanto porque segun dice otro poeta, con el cual estoy conforme:

Es la mujer del hombre lo más malo,
y es la mujer del hombre lo más bueno.

Una indicacion y concluyo. En ambos casos no admite comparacion la mujer: está, como Dios, sobre todas las cosas, es decir, mala ó buena, lo es en grado superlativo.



XXII.

LAS ROMÁNTICAS.

Por fortuna se va perdiendo el tipo en esta incesante renovacion de las costumbres y de las ideas, aunque no se puede aventurar si hemos ganado ó perdido en el cambio, ni si es mejor el realismo presente que el romanticismo pasado.

No me parece tampoco fuera de camino el afirmar que dentro del temperamento *clásico* adoptado por la generacion presente, hay quizá más romanticismo que en aquella vaga contemplacion y éxtasis perpétuo de la primera mitad de este siglo, si por romanticismo se entiende el absurdo y la exageracion de los sentimientos y de las pasiones. Hay una razon que apoya esta creencia, cual es la que alegan los románticos en literatura al decir que su escuela es enemiga de los preceptistas y de sus reglas; y como las re-

glas están basadas principalmente en la verdad y en la naturalidad, de aquí que pueda llamarse, con razon, romanticismo á todo lo que se sale, en la naturaleza y en la vida, de la vía ordinaria.

Hay que confesar, sin embargo, que el platonismo, la idealidad *pura* de los pasados tiempos, aunque extravagante y ridícula en sus manifestaciones externas, merecia más respeto que la despreocupacion y el descaro que hoy se tolera y pasa con el nombre de sistema realista.

Un distinguido escritor describe la romántica del año 35, diciendo que estaba más pálida que una noche de luna y más mortecina que lámpara sepulcral; con sus luengos cabellos trenzados á la veneciana, y sus mangas á la María Tudor, y su blanquísimo vestido aéreo á la Estraniera, y su cinturón á la Esmeralda y su cruz de oro al cuello, á la huérfana de Underlach.

Hay que advertir, y esto no lo dice el escritor aludido, que la palidez de aquellas románticas era debida á sendos tragos de vinagre, que era por entonces la bebida favorita de las mujeres á la moda, que querian pasar por el prototipo del idealismo y de la sensibilidad, siendo de rigor y aun de esquisito gusto la palidez cadavérica, tanto como era de mal tono, revelando insigne grosería, el fresco carmin de las mejillas.

Aquellas imaginaciones volcánicas, aquellas fantasías delicadas se cebaban, por decirlo así, en las poesías de Byron, en los fúnebres cuadros de D'Arlinecourt y en las composiciones teatrales de Ducange, haciendo gran acopio de suspiros, de humildes florecillas, de cementerios y de tumbas.—Por estas razones, el amante que más agradaba á su novia era aquel que la proponía un rapto para ir despues á habitar una gruta solitaria, ó la aconsejaba sencillamente el suicidio para tener luego el sublime consuelo de ir á derramar flores sobre su tumba hasta que, sucumbiendo él tambien á la melancolía los enterrasen á los dos bajo una misma losa.

Las cosas han cambiado completamente. Como recuerdo arqueológico se suele encontrar entre nosotros alguna romántica tradicional, partidaria del vinagre y del veneno, de los cementerios y de las grutas. Hoy la que se resigna á ser robada por su amante, es más bien seducida por la idea de ver París ó Lóndres que por el deseo pintoresco de disfrutar la amena soledad de los campos en compañía de poéticas fieras; y la que se decide por el suicidio como remedio supremo de sus males, en vez del puñal ó del veneno, se da un baño en el estanque del Retiro ó se arroja por el clásico y prosáico viaducto de la calle de Segovia.

Así como antes se estimaba que la palidez era el más interesante color de las damas, hoy se cree, por el contrario, que no hay cara más agradable á la vista que aquella cuyo color natural se pierde bajo espesas capas de *blanco de Matilde Diez* y colorete del más fuerte. Y las cejas y el cabello y los lábios sufren tales transformaciones que ya es imposible afirmar sin temor de equivocarse cuál es la mujer rubia y cuál la morena, aunque ya habrá observado el lector que el color rubio es el que priva en el momento presente.

Los autores sombríos, tétricos y sentimentales que quedan citados más arriba, han sido sustituidos por Echegaray, Cano y Gaspar, y se llama realismo lo que en ley de verdad no es otra cosa que un romanticismo vuelto del revés, si vale la expresion, más deforme y ménos aceptable que el que ya pudiéramos llamar romanticismo histórico.

La imaginacion de la mujer tiende siempre á lo sobrenatural, á lo poético, á lo romancesco, efecto en parte de su constitucion física y en parte tambien debido á la escasa y superficial educacion que recibe; por lo cual, y salvas muy contadas excepciones, la mujer padece, en lo moral, una especie de fiebre intermitente que de continuo oscurece en cierto modo sus sentidos,

Aun apartándose bastante de esta regla general, que aquí no debe ser tratada, y teniendo en cuenta el sello particular de nuestras costumbres y el sentido filosófico de la época que atravesamos, percibimos clara y distintamente la romántica de nuestros días. No lo revela en su traje ni en su fisonomía, que gusta de vestir á la última moda y forman uno de sus principales encantos las horas de tocador; pero lo da á conocer en sus palabras y en sus obras, no como la romántica antigua, á los ojos de la sociedad, sino en sus relaciones íntimas y más particularmente en el hogar doméstico, y dentro de este en el estado de esposa.

Se equivocan grandemente los que creen que las ilusiones y los sueños ideales y el anhelo de lo imposible ocupan la imaginacion de la mujer cuando ésta se halla soltera: en tal estado sus aspiraciones son vagas, sus deseos indeterminados, sus sueños indefinibles, y por más que su fantasía vuela por las regiones de lo poético y de lo maravilloso, no sabe ni puede darse cuenta exacta de lo que ambiciona, viviendo en una especie de candidez que se avecina y aun se confunde con la inocencia. Sus pasiones están en embrion, en gestacion más propiamente dicho, y sus manifestaciones ostensibles no pueden revestir ni la tenacidad ni el calor de aquellos sen-

timientos latamente definidos y ampliamente expresados.

La mujer soltera es el preludio de una tempestad. La mujer casada, es la tempestad en toda su grandeza terrible y en todo su horror magnífico.

La soltera ha soñado, aunque confusamente, un ideal que luego no realiza su marido, ni puede humanamente realizarlo, llegando, como llega, por ley de naturaleza, despreciando el éxtasis del espíritu, á las expansiones groseras de la materia dentro de la más descarnada realidad.

Un autor célebre ha dicho que la mujer abandona la poesía desde el momento en que penetra por primera vez en la alcoba nupcial, y nada hay más falso que esta asercion. Allí precisamente, en la alcoba nupcial es donde la mujer comienza á darse cuenta de los sueños que ha acariciado su imaginacion, pero es para hacer una rectificacion dolorosa, para confesar que se ha equivocado y declararse á sí misma que aquel hombre, que su marido, no simboliza el ideal de sus sueños.

Aunque sea virtuosa, aunque la idea del deber llene su alma y su entendimiento, desde entónces comienzan las luchas del espíritu y se revela en el hastío, en la languidez, en la tristeza que siguen forzosamente al desencanto, el

primer síntoma alarmante del romanticismo.

La mujer es artista, la mujer compara, y, fuerza es confesarlo, en las comparaciones que establece una casada, siempre sale perdiendo su marido.

Aquel mal humor continuo, aquellos desmayos frecuentes, aquel suspirar casi sin interrupcion y aquellos magníficos ataques de nervios que tanta tila han menester para calmarse, no son otra cosa que desahogos de un corazon oprimido, reconvenciones á la fortuna, ayes de un alma superior, no comprendida en éste miserable mundo..... viniendo á formar *todo ello* una manifestacion acabada del más puro y ardiente romanticismo.

El marido cuya mujer es romántica mientras le dura la juventud y la belleza, aunque vive en un infierno algo peor que aquel que nos describen los más fanáticos creyentes, puede darse por satisfecho y debe considerarse feliz. Los celos intempestivos y furiosos, el llanto, las quejas y los lamentos con que diariamente le atormenta su cara mitad, son simplemente las manifestaciones de su dolor secreto al verse burlada en sus más risueñas ilusiones; son su retrato moral, los ayes de su alma dolorida, semejantes á los amargos trinos del pájaro encarcelado.—Esto en el bien entendido que se trata solamente de

aquellas mujeres de imaginación exaltada, cuya educación se ha descuidado algún tanto.

La decepción inspira negros pensamientos, y estos ponen el humor en tal estado de irritabilidad que, son consecuencia lógica de sus manifestaciones, ó más bien, sus manifestaciones mismas, los serios disgustos y las constantes tremolinas de que queda hecha mención.

El deseo no satisfecho lleva á la amargura, y la amargura, que no es tan egoísta como el placer, gusta que todo el mundo participe de sus dolores; y, como el marido, sobre ser la causa eficiente, aunque inconsciente, del mal, es la persona más próxima á su consorte, esta descarga sobre el marido todo el peso de su furor, considerándose víctima de un engaño y defraudada en sus más doradas aspiraciones.

Cuando debe temblar el marido y apelar á toda clase de medidas extraordinarias es cuando vea que su mujer abandona el romanticismo y más que resignada con su suerte aparece contenta, tranquila y hasta complaciente. Esto probará que se ha pasado al género *clásico* y el *clasicismo* de la mujer casada, es mil veces peor que el romanticismo puro con todas sus consecuencias.

Segun las premisas sentadas, resulta: que el romanticismo, de cualquier clase que sea, es una

calamidad; pero ¡ay! es mucho peor que la mujer se dé al género *clásico*, porque en este último caso es cuando peor librado sale el marido.

Las conclusiones son dolorosas de todas maneras: lo mejor sería indudablemente que la mujer no fuese ni clásica ni romántica: bastaba solo con que fuese buena: muchas lo son sin duda alguna: ¿por qué hemos de dudarlo?



XXIII.

LAS MUJERES POLÍTICAS. (1)

...una *mujer* obligada á pensar y obrar como un hombre, no es ni hombre ni mujer; abdica todas las gracias de su sexo y no adquiere ninguno de los privilegios que nuestras leyes han concedido á los más fuertes.

BALZAC.

Las revoluciones del progreso humano, en sus levantados fines de devolver á la criatura racional su ingénita grandeza, han ido destruyendo, con el esfuerzo de las ideas y la perseverancia de la razon, los innumerables abusos y privilegios que engendraran las pasiones y el egoismo

(1) Este artículo publicado en el periódico *La Discusion* en Junio de 1872. fué reproducido por *Las Novedades*, *El Universal* y otros diarios de Madrid y provincias, dando lugar á polémicas y comentarios.

de los primitivos dominadores del mundo en las costumbres públicas.

El hombre ha ido quebrando paulatinamente los duros eslabones de su pesada cadena; y hoy, si no ha recobrado totalmente la plenitud de su soberanía, al ménos goza de alguna libertad y no mira tan lejano el día de su completa redención.

Como consecuencia de este adelanto moral del hombre, ha nacido en la mujer, hermoso complemento de la vida, el natural deseo de ser libre, la noble aspiración de entrar en la esfera de los seres redimidos que han de cumplir su destino en la tierra, aplicando sus fuerzas morales y físicas, á la realización de su voluntad, siempre dentro de la libertad y del derecho.

*
* *

La esclavitud de la mujer en el mundo antiguo es la peor de las esclavitudes.

La mujer, base fundamental de la sociedad y de la familia, esclava, y por consecuencia embrutecida, no podía educar sus hijos más que como ella había sido educada, resultando principalmente del atraso y la barbárie de la mujer, la ignorancia, el servilismo y la esclavitud de los pueblos.



Por esta razon, para el adelanto de las sociedades humanas, la mujer debe progresar juntamente con el hombre, aunque en distinto sentido, por ser distinta su mision en la obra de perfectibilidad que ha emprendido el mundo moderno.

Hoy, en presencia del activo desarrollo intelectual del sér viviente, ante la universalizacion de las ciencias y de las ideas, hay mujeres que se creen igual al hombre *en todo*, considerándose con las mismas aptitudes, con iguales derechos y hasta con la misma mision que realizar.

De este pensar inocente resulta la *publicista*, es decir, la *mujer política*, que lo mismo escribe un artículo de furiosa oposicion al gobierno, que asiste á un cónclave de conspiradores, que levanta su voz en un club para excitar ó entusiasmar las masas, entendiendo que de esta manera trabaja por la emancipacion de la mujer.

* * *

Reconocida y proclamada la libre emision del pensamiento en todas sus manifestaciones, aunque no en su expresion más lata, háse despertado en el bello séxo el deseo de escribir para la imprenta, no ya para tratar los asuntos sencillos y delicados de la moral, de las costumbres, con

relacion al hogar doméstico, ni para explicar los deberes de la madre, de la hija y de la esposa, ni para otras muchas cuestiones anejas á la mujer, sino para escribir política, y política de rabiosa oposicion.

Generalmente, en la casa de *esta especie* de *publicista*, todo está, como suele decirse, manga por hombro.

Si esta mujer es casada (suponiendo que la complacencia del esposo mártir llegue hasta el punto de permitirle semejantes *excesos*), si es casada la *publicista*, repetimos, y no vive en situacion de mantener criados que cuiden las haciendas de su casa, el pobre marido, ó mejor dicho, el *pobre hombre*, tiene que asistir á la cocina, que dar la papilla á los chiquitines y hasta que barrer el pavimento.

Trocados los respectivos papeles del hombre y la mujer, figúrese el lector, si puede, cuál será el aspecto de la mansion de tan bienaventurados cónyuges.

La perspectiva que ofrece un marido atizandole la lumbre de la hornilla, meciendo la cuna del pequeñuelo ó limpiando el polvo á los muebles, es deliciosa.

Quando el cuadro presenta cambiantes más sorprendentes, es quando el esposo se apercibe de que no vive en la isla de San Balandran y

abandona, volviendo por sus fueros, los quehaceres domésticos. Entónces, y sólo entónces, es cuando da alegría penetrar en la casa de la escritora política.

Casi siempre comen *fiambres* traídos de fuera de casa, ó lo que es lo mismo, comen caro y mal. De arreglo y limpieza no hay que hablar una palabra.

Los pobres niños, careciendo de la solicitud y de los cuidados que su edad reclama, se crían entecos, enfermizos, y á lo mejor, mientras la mamá corrige las pruebas del *artículo* que ha de publicarse inmediatamente, para que no pase su *oportunidad*, se arrastran por el suelo llorando á grito herido, ó se rompen las narices contra una cómoda, ó se caen de encima de una silla fracturándose algun miembro ó ponen el sofá hecho una lástima.

Y á todo *esto*, ella, la escritora política, entiende que trabaja por su emancipacion.

* * *

La mujer política participa del vértigo, de las pasiones y de las miserias que, en mayor ó menor escala, trabajan el partido á que pertenece; se agita en sus luchas, toma parte en sus intrigas y corre sus peligros.

Así, el mejor día (y ya se han dado casos) la periodista *agitadora* se mira envuelta en un proceso judicial por haber injuriado al ministro S. ó calumniado al funcionario H., ó por haber atacado la inatacable persona de S. M.

Y ya tenemos á la *publicista* á salto de mata, huyendo de la policía ó en la cárcel pública, si no ha podido burlar la vigilancia de sus crueles perseguidores.

El cuadro se completa. La situación de esta mujer y la de su familia no puede ser más lisonjera.

Ella, sin embargo, continúa creyendo que sirve la causa de la emancipación de la mujer.

*
* *

La escena varía de aspecto.

Imagínese el lector la espaciosa estancia donde reside un club.

El lenguaje empleado en estos centros es casi siempre apasionado.

En lo más interesante de la sesión, se oye la voz fina y delicada de la *ciudadana* G., que pide la palabra para *terciar* en el *debate*.

Cuando la ha llegado su turno, la *ciudadana* atraviesa el salón, en cuya atmósfera está condensado el humo de los cigarros, lo que algunas

veces hasta impide la respiracion á los hombres, y ocupa graciosamente la tribuna, no sin haber escuchado al pasar por entre la multitud, los punzantes epigramas con que la obsequian sus correligionarios políticos.

Oigan Vds. un discurso *femenino de club*, y digan luego con franqueza si de él han podido sacar algo en limpio, y digan tambien si algo provechoso tiene que decir ó hacer una mujer en semejante lugar.

Nada: su *trabajo* se concreta única y exclusivamente á declamar en media hora ó en una, el discursito que á duras penas escribió en un dia y en dos aprendió de memoria, y cuyo contenido es la sempiterna repeticion de las palabras más huecas y rimbombantes del diccionario de los escritores á la fuerza y de los políticos por compromiso. Menos cuando no emprende una senda, para ella más desconocida y difícil que la rutinaria, pero de más *gloria*, y proclama la destruccion de la familia, la liquidacion social, la anarquía, y hasta la necesidad de achicharrar con petróleo á la mitad del género humano.

Esta no es ni puede ser en manera alguna la mision de la mujer que, mientras pronuncia un discurso ó se ocupa en su confeccion, es necesario *arremangarse* los pantalones para poder penetrar en su *poética* morada.

Esto, sin mencionar el ridículo que pesa sobre ella, y sobre todo la inutilidad de su esfuerzo, en tal sentido, en las empresas públicas de los pueblos.

*
* *

Sucede (y tambien se han dado casos) que la mujer afiliada á una asamblea secreta de conspiradores, para burlar la vigilancia de la policía, ó para estar en carácter en su papel de *revolucionaria*, ó por algun otro motivo, que ignoramos, se disfraza trocando su traje habitual por un vestido de hombre.

Al reemplazar el pantalon á las enaguas y la levita á la túnica, el cambio ofrece un contraste tan grotesco que, más de un transeunte al mirarla se imagina estar en pleno carnaval, porque más que otra cosa parece una máscara.

Entónces es fácil se descubra la conspiracion, porque no ha de faltar, de seguro, algun desocupado que por curiosidad siga los pasos de la *incógnita revolucionaria* y averigue dónde y para qué entra.

Despues de mil peripecias é inconvenientes, penetra al fin en el cónclave, y aquí entra la segunda parte, que de suyo es siempre la más lastimosa.

La estancia que ocupan los conjurados es de rigor que sea subterránea y sombría; la luz que en ella luce, ténue; los discursos que allí se pronuncian (siempre á media voz) misteriosos y terroríficos.

La *ciudadana* tambien usa y abusa de la palabra, y despues de encarecer la necesidad de derribar al gobierno por medio de la fuerza, es decir, á sangre y fuego, da cuenta de los *hombres que tiene á su disposicion* y de los recursos que posee para cooperar á la obra revolucionaria.

Mientras la *conspiradora* se ocupa en esta empresa temeraria, que puede muy bien facilitarla el viaje gratis á Fernando Póo, acaso sus hijos, si los tiene, se han despertado y escandalizado á gritos la vecindad: acaso su marido pasa la noche alegremente con alguna tiple de zarzuela, ó quizá los calcetines de su papá, suponiendo que sea soltera, necesiten de repaso.

Pero ella no se cuida de estas nimiedades domésticas; ella cree que su deber es conspirar, que tiene derecho á trabajar por la emancipacion de su sexo, y sigue cándidamente creyendo que realiza su destino, que merece bien de la humanidad y que está á la *altura* de las circunstancias.

Además de estos tipos originalísimos y por lo general improvisados, existe la literata de profesion, la mujer estudiosa que con cabal conciencia del sublime sacerdocio de las letras humanas, se ha emancipado y trabaja por la emancipación de su sexo, adornando nuestra escena y enriqueciendo nuestras bibliotecas con los frutos de su meditacion y con las inspiraciones de su génio, sin penetrar nunca en el candente círculo de la política activa.

Tambien existe la literata de aficion, la mujer que despues de atender con preferencia al cumplimiento de sus obligaciones, en vez de dedicar sus ratos de ócio á frecuentar bailes, ó á visitas de etiqueta, ó á tertulias de *confianza* donde se gasta el tiempo inútilmente, ó perjudicialmente se *aprovecha*, destina estos ratos perdidos al estudio de las ciencias y de la literatura.

Estas mujeres, á nuestro juicio, complen con su deber y sirven á la causa de su emancipacion más eficazmente que la óradora de club, que la periodista política y que la conspiradora revolucionaria.

*
* *

No somos enemigos de la emancipacion de la

mujer, en el buen sentido de la palabra, porque, como dejamos dicho, la cultura de la madre se refleja en el hijo, y de mujeres ignorantes nacen pueblos esclavos y envilecidos.

Pero como las nuevas ideas atraviesan siempre un largo período de exageraciones, y de estas resultan las *publicistas* que hemos malamente bosquejado, de aquí la necesidad de señalar á la mujer el camino que debe seguir para elevar su sentimiento moral, colocándose á la altura que ocupar debe en la actual civilizacion, para lo cual no es necesario, en nuestro sentir, su participacion activa en las fogosas contiendas de la política.

Trabaje la mujer por su emancipacion.

Pero sepa que ha de realizar la sublime mision de su destino dentro del hogar doméstico, reinando, por medio del amor, en el corazon del hombre.



XXIV.

DE LA TEORÍA Á LA PRÁCTICA.

(Cuadro al fresco).

I.

Cuando las exageraciones toman carta de naturaleza en la region de las ideas, no hay medio de hacerse oír si se pretende razonar, y el error, adquiriendo proporciones colosales, se extiende rápidamente por la multitud, perturbando las conciencias y conspirando contra el mejor fin de la humanidad.

Pero si bien la lógica de la verdad es en cier-

tas épocas impotente dentro de la teoría para disipar las nieblas del error, la lógica de los hechos es indestructible aun para los más fanáticos y obcecados, que no pueden ménos de inclinar la cabeza, sino ante las causas, ante los efectos que esas causas producen, porque, mostrándose á todas las miradas, alumbran todas las inteligencias, conmueven todos los corazones y rinden todos los ánimos.

Sugiérenos estas consideraciones la idea de la emancipacion de la mujer, tal como la entienden y predicán algunos cerebros calenturientos, segun los cuales la mujer *debe tener* en todo, por todo y para todo, los mismos derechos civiles y políticos que el hombre.

Ampliando más esta idea, si es que esta idea puede ampliarse, dichos propagandistas sostienen que la mujer *debe y puede* dedicarse á las mismas ocupaciones y carreras que el hombre, viniendo á concluir, siendo lógicos consigo mismos, en que la mujer debe confundirse, mejor dicho, perderse en la esfera que el destino ha trazado al hombre.

Para demostrar lo pernicioso de esta teoría, creemos que el mejor medio es presentar á los ojos de sus mantenedores con hechos reales y positivos los tristes resultados, los lastimosos efectos que produce la confusion de los dos

sexos en las funciones externas de la vida, recayendo todo el mal que resulta de esta extraña amalgama principalmente sobre la mujer.

II.

Sin tener para nada en cuenta la idea de la emancipacion moral de la mujer, ántes de que esta idea se apuntara y atendiendo sólo á la *mejor* explotacion de sus intereses, muchos capitalistas europeos han montado fábricas, ya de tejidos, ya de lozas, ya de tabacos, ya de otros infinitos géneros... para que la mujer acudiera á sus talleres á dar impulso á las máquinas y á fomentar la industria, contribuyendo con sus fuerzas físicas, como pudiera hacerlo el hombre, al desarrollo de la produccion.

Ya tienen ahí los *emancipadores* de la mujer aceptada, en principio, su teoría y... ¡oh triunfo para ellos! aceptada por los *eternos enemigos de la redencion humana y de la justicia social*. (1)

Tambien hay que conceder, haciendo justicia á cada uno segun se merece, que los dichos ca-

(1) Frase *demagógica* que durante algunos años ha rodado por las columnas de muchos periódicos. (*Nota aclaratoria.*)

pitalistas han recurrido á la mujer para el desempeño de ciertos trabajos, porque ésta generalmente se conforma con ménos sueldo que el hombre, y porque, como sér débil y perfectamente inofensivo, con raras excepciones, se doblega con más facilidad á las exigencias del fabricante, exigencias que no siempre entran en los límites de la razon.

III.

En una de las más importantes capitales de Andalucía, y cuyo nombre no hace á nuestro propósito, existe una fábrica de tejidos de hilo y algodón, que al decir de las personas más competentes en la materia, es uno de los primeros establecimientos en su género, no ya de España, si que tambien de Europa.

En dicha fábrica trabajan, segun cálculo aproximado, de mil á mil quinientas personas, y tambien se calcula que más de las dos terceras partes de ese personal son mujeres: mujeres que, segun la teoría que venimos combatiendo, han realizado su emancipacion *en cierto modo*, puesto que disfrutan, como los hombres, de los *beneficios* del trabajo.

Una rápida ojeada por los extensos salones de *aquel* establecimiento nos será suficiente para dar una idea á nuestros lectores del *ideal* que realiza la mujer al salirse de su esfera en cualquier sentido.

IV.

Nos fijaremos especialmente en el gremio de tejedoras de la mencionada fábrica.

La tejedora tiene á su cargo uno ó dos telares, segun que es oficiala ó maestra.

Para cada treinta y tantos telares hay un celador, bajo cuyas órdenes están las operarias que los ocupan, y por cuya mano han de pasar los géneros ántes y despues de su elaboracion, debiendo entenderse que estos celadores pueden favorecer ó perjudicar á las trabajadoras segun lo tengan por conveniente, pues en la bondad ó maldad del género ántes de labrado y en la revision y medicion del mismo despues de tejidas las piezas pueden cometer cuantos abusos quieran, sin que por ellos tengan la menor responsabilidad para con el propietario.

Explicando esta idea con más claridad, dire-

mos que, segun la mayor ó menor simpatía ó antipatía que el celador tenga con la tejedora, así es de bueno ó malo el género que la entrega para la fabricacion, y de igual manera procede en la revision y medicion de las piezas tejidas.

Partiendo de esta idea, y teniendo en cuenta la condicion é ilustracion de la mujer que desde los primeros años de su vida ó de su juventud se ha sepultado en uno de esos talleres, calcúlense la série de abusos que el tal celador cometerá á la sombra de su cargo, y calcúlense tambien los infinitos males que saldrán á la superficie de la sociedad de *aquella* inagotable fuente de corrupcion y de inmoralidad.

El por qué *sucumben* las más y se *salvan* las ménos en esa clase de establecimientos, no hay que preguntarlo ni achacarlo tampoco á la carencia de virtudes en las últimas escalas sociales. *Todo eso* es la triste consecuencia de la viciosa organizacion que nos rige, dentro de la cual el pobre, ya pertenezca á un sexo, ya al otro es siempre la víctima, el blanco de todos los tiros que parten de *arriba*, teniendo que resistir, cual árbol abandonado en medio del desierto, al huracan de todas las injusticias humanas.

V.

Cármén era una de las muchachas más bonitas de la fábrica de algodones de la ciudad de X.

Pertenecía al gremio de las tejedoras, tenía dos telares á su cargo, ganaba buen sueldo,—relativamente á lo poco que se gana en aquella fábrica,—y era respetada por el celador de su departamento, el cual celador, protejiéndola constantemente, nunca había osado traspasar los límites de la prudencia.

Esto, que parece fenómeno raro, tenía su explicación sencilla en las relaciones amorosas que Cármén mantenía con un trabajador de la misma fábrica, joven de veinticuatro años, tan apreciado por su honradez y generoso comportamiento, como temido por sus buenos puños y proverbial valor.

Las relaciones de Eduardo (que éste era el nombre del joven) y Cármén, eran tan puras, tan inocentes, como inocente y puro es el amor en sus primeras manifestaciones.

Ambos se habían jurado constancia eterna,—que por ese imprudente juramento empiezan

siempre los amores platónicos,—y abrigaban el propósito de unirse en eterno lazo, ante Dios y los hombres, en un plazo brevísimo.

Cármén, que contaría á lo sumo diez y siete años, era una de esas mujeres que, sin estar dotadas de todos los atractivos de la belleza, en una fisonomía vulgar é incorrecta ostentan unos ojos de primer orden ó unos cabellos de ébano ó de oro, ó cualquiera de esos rasgos característicos de la hermosura que bastan para fijar la atención de cualquiera y aun para entusiasmar al hombre ménos impresionable.

Cármén ostentaba en sus mejillas el fresco y vivo carmin de las rosas; sus cabellos eran rubios como el oro, su talle esbelto y flexible; elegante sin presuncion, su fisonomía revelaba un aire tan marcado de dulzura y de inocencia que, con estas cualidades, la humilde trabajadora se conquistaba al primer golpe de vista las simpatías de cuantos la rodeaban.

Eduardo era dichoso con los amores de Cármén, y Cármén no pensaba más que en Eduardo.

Y ambos eran felices.

Pero como la felicidad es de suyo inconstante y veleidosa, quiso la mala ventura que el propietario de la fábrica, paseando una tarde por los salones de su establecimiento, se fijase en Cármén, y entrara en deseos de *echar una cana al*

aire con aquella muchacha, y al efecto se acercó, pronunciando á su oído frases que probablemente nunca habria Cármen escuchado, á juzgar por el súbito aturdimiento que de ella se apoderó.

Cármen no contestó una frase siquiera á las palabras de D. Telesforo, ni se dignó, mejor dicho, ni se atrevió á mirarle.

D. Telesforo comprendió en seguida *el terreno que pisaba*, y dirigiéndose á una vieja que trabajaba cerca de Cármen, estuvo hablando con ella un cuarto de hora, señalándola á cada momento á la víctima, que, sin comprender lo que pasaba, volvió á ocuparse tranquilamente de su trabajo.

La felicidad de Eduardo estaba sériamente amenazada.

La *Celestina* á quien D. Telesforo habia dado el encargo de seducir á Cármen, dió principio á su cometido con todo el ardor y buena voluntad á que podia obligarla una buena suma ofrecida por una persona que era inmensamente rica, y de quien dependia.

La elocuencia de la vieja, elocuencia probada en *su larga carrera*, rayó en esta ocasion á incomparable altura.

¿Pudo resistir Cármen *esta elocuencia*, tras de la cual veia todo un mundo de placeres y de en-

cantos, cuadro bellísimo trazado de mano maestra por una *artista* tan consumada?

A cualquiera se le alcanza que la inocente joven debía sucumbir en esta lucha, en la cual se presentaba completamente desarmada ante enemigos terribles que poseían el arma poderosa del dinero.

Había además otras circunstancias.

Cármen, que siempre se había resignado con su suerte, comenzaba á rebelarse contra el destino, y la idea del lujo la preocupaba grandemente, con tanto más motivo cuanto que hasta sus mismas compañeras, muchas de las cuales ganaban ménos jornal, vestían mucho mejor que ella.

Sucedía esto porque Cármen tenía á su anciana madre postrada en el lecho del dolor hacia mucho tiempo, y su jornal apenas bastaba para cubrir las primeras atenciones de la vida, teniendo la enferma que carecer hasta de los medicamentos más indispensables.

VI.

Cármen debía sucumbir y sucumbió: de la noche á la mañana desapareció de la fábrica

y de su casa, sustrayéndose á las miradas de todo el mundo. No habia tenido valor para confiar á su madre el secreto de su deshonra, y al desaparecer de la casa materna habíase creído *dispensada de todo* con dejar en ella cierta cantidad, con la cual, á su juicio, habia hecho la felicidad de su madre contribuyendo al restablecimiento de su salud.

Como al mismo tiempo desapareciera la vieja, y como algunos se hubieran fijado en ciertos detalles anteriores á aquel acto, todo el mundo convino en la verdad del hecho, estallando de aquí la tempestad de insultos y de injurias que siempre cae en casos tales sobre la víctima.

¡Infelices anatematizadores de Cármen! No veian en el delito más que el delito mismo, sin tener para nada en cuenta el cómo y el por qué lo habia cometido. No veian que la causa principal de la desmoralizacion de *abajo* se encuentra *arriba*, donde la INTELIGENCIA y el DINERO, poderosos enemigos del pobre cuando en el mal se emplean, caen despiadadamente sobre la IGNORANCIA y la MISERIA, desarrollando el VICIO y la PROSTITUCION en su más asombrosa fecundidad.

Las declamaciones de la sociedad contra cualquiera de los vicios que trabajan á las muchedumbres nos hacen el mismo efecto que las re- criminationes que á sí propio se dirigiera el di-

sipador que, despues de haber barrenado su existencia en la crápula de bacanales inmundas, se rebelara contra las enfermedades á que su desenfreno le hubiera conducido, enojándose contra uno de sus miembros al ver aparecer en él la gangrena.

Pero dejemos á un lado tristes consideraciones, que por otra parte nos desvian de nuestro propósito, y continuemos narrando la triste historia de Cármen.

VII.

A la desaparicion de Cármen siguió la desesperacion de Eduardo. El desencanto y la amargura de nuestro jóven fueron terribles; mas como los suicidios por amor, con raras excepciones, no pertenecen á este siglo, Eduardo, pasados los primeros instantes de natural arrebató, fué calmando poco á poco la fiebre de su pasion, concluyendo por resignarse, filosóficamente, con su suerte, guiando sus pasos por nuevos derroteros que á su vista presentaban los encantos del mundo, guardando en su mente y en su corazon una glacial ironía del proceder de Cármen.

A nuestro juicio, Eduardo habia comprendi-

do la vida tal como ella es, y tenia un temple de ánimo á propósito para navegar en los procelosos mares de este pícaro mundo.

VIII.

La transicion que en la existencia de Cármen se habia operado, no podia ser más violenta. Elevada desde la condicion más humilde al más alto rango, por lo que hace al órden material, habia moralmente descendido al más profundo abismo de la abyeccion, por lo cual la perturbacion de sus sentidos era tan grande, que ni siquiera sabia darse cuenta de lo que la acontecia.

En ese estado de atonía, que tanto se parece al idiotismo, pasó cuatro meses encerrada en una casa de la solitaria calle de N., acompañada únicamente de la vieja que *tanto bien* la habia proporcionado, recibiendo todas las noches una larga visita de D. Telesforo.

Pero como este no podia ser en manera alguna el estado normal de una criatura, y mucho ménos el de una mujer jóven, Cármen sintió vivos deseos de ver nuevamente el mundo, con tanto más motivo cuanto que ella creia poder

brillar en él como una de tantas personas favorecidas por la fortuna.

Fundaba esta idea en la posesion del lujo. Creia cándidamente que su trasformacion habia sido completa, y soñaba, bajo este supuesto, un mundo de placeres.

IX.

El primer dia que Cármen salió á la calle arastrando sedas, creyó haber dado el primer paso en el sendero de la felicidad, cuando no hizo otra cosa que ponerse en ridículo por la primera vez de su vida; pues si bien es verdad que el hábito hace al monje, no es ménos cierto que, sin el aspecto, sin la costumbre y sin la dulzura de la religiosidad, el bandido disfrazado de monje... siempre parecerá bandido.

Y esto acontecia con Cármen: acostumbrada desde los primeros años de su vida á vestir la humilde saya de percal y el *democrático* manton de la artesana, los trajes de seda y las alhajas de gran valor caian en su cuerpo tan mal, que á primera vista cualquiera notaba lo que más empeño tenia ella en ocultar.

Este ejemplo viene á probar una vez más que sin la emancipacion moral, sin la ilustracion que eleva el sentimiento de dignidad en la criatura, la *emancipacion material*, por sí sola, no responde ni con mucho al gran principio de la regeneracion social á que justamente anhela llegar el mundo moderno. ¡Al contrario! La *emancipacion material* corrompe inmediatamente el alma de la mujer.

X.

Cármen, acompañada siempre de la vieja, asistió á los teatros, á los paseos y á los bailes lujosamente vestida, llevando siempre sobre su frente el sello de su delito, y por consiguiente la reprobacion y el desprecio de la sociedad, desprecio y reprobacion que ella no comprendia, traduciendo á veces la burla más sangrienta por la fineza más delicada.

Hacia un año que D. Telesforo habia sacado á Cármen de su fábrica, y ya el *buen viejo* comenzaba á *fastidiarse* de la jóven, por lo cual sus visitas no eran tan frecuentes ni atendia á los gastos de su *protegida* con la esplendidez de otras veces.

Este principio de abandono debia producir y produjo, dada la educacion de Cármen, sus naturales resultados.

Jóven y casi hermosa, atravesando el torbellino de la vida, Cármen tenia algunos pretendientes y D. Telesforo fué *oportunamente* sustituido.

La vieja, correspondiendo siempre á lo que de ella podia esperarse, dió cuenta á su amo de semejante *traicion*, y el bueno del fabricante, respondiendo tambien á sus generosos sentimientos, abandonó inmediatamente lo que ya consideraba como una carga.

Estimaba justo haber prostituido aquella niña, haberla obligado con su conducta á que cometiera un nuevo delito, y se escandalizaba y se vengaba por una falta á la que él más que nadie contribuyera.

XI.

Cármen, viéndose abandonada de D. Telesforo, entró de lleno en lo que ella llamaba placeres de la vida, y gastó *agradablemente* dos años de la suya, durante los cuales mantuvo más de una y más de dos relaciones del género que ella las podia mantener.

Pero llegó un dia en que Cármen se vió aislada por completo, abandonada de todos sus amantes, y entónces pudo apreciar la gravedad de su primera falta, lloró su extravío y quiso retroceder á sus primeros tiempos; pero ¡ay! esto era imposible. ¿Cómo iba Cármen á presentarse de nuevo en la casa de sus padres, ni cómo podria alternar otra vez con las gentes que la habian rodeado cuando era tejedora de la fábrica de algodones?

La sociedad no perdona nunca faltas como la que Cármen habia cometido. Cármen lo comprendió así, y siguió adelante. No pudiendo vivir en la ciudad de X, vendió algunas de sus últimas alhajas y emprendió su viaje á Madrid.

Madrid, ese pozo sin fondo donde caben todas las ilusiones, todos los vicios, todas las virtudes y todas las esperanzas, fué la nueva escena donde Cármen entró á representar el difícil papel que en la comedia de la vida la habia repartido el destino.

XII.

Como Cármen no es un sér imaginario creado á propósito para este cuadro; como Cármen vive

y su larga residencia en Madrid daría asunto para algunos centenares de cuartillas, nosotros la abandonamos por ahora, empeñando nuestra palabra de escribir *su historia* cuando esta llegue al desenlace; que no será en verdad muy divertido.

Por lo que hace á Eduardo, diremos que á los tres años de la desaparicion de Cármen se casó con una virtuosa jóven, que ambos son felices cuanto en su modestísima posicion pueden serlo, consagrando todos sus esfuerzos y afanes á criar dos hermosos niños que la Providencia les ha concedido.

La vieja murió de dolor miserere, y hubo quien dijera que merecia muerte peor.

D. Telesforo ha estado á punto de ser asesinado varias veces por los muchísimos enemigos que tiene; pero, libre al parecer de toda asechanza, tambien cree que vive feliz, y hasta es posible que lo sea teniendo en cuenta que, segun afirman doctores muy afamados, el *buen señor* se vino á este mundo sin el requisito, para algunos indispensable, de la conciencia.

Al trazar este cuadro, ha sido nuestro único objeto llamar la atencion de las clases proletarias sobre los errores con que algunos pretenden explotar su credulidad y su entusiasmo, y al propio tiempo sobre las causas fundamentales del

vicio y de la inmoralidad que algunas veces pretenden aniquilar á los pueblos; causas nacidas de la propagacion de los absurdos, de las imperfecciones de los sistemas políticos y de la relajacion y los vicios de *arriba*.

Hay que poner el dedo en la llaga para que al saludable influjo de la verdad se estirpen con conocimiento de causa los males que aun mantienen abatidas á ciertas clases de la sociedad y muy especialmente á la mujer.